

GREGORIO MEDINA

## *El peso de las mariposas*

*Compartir no es regalar lo que nos sobra,  
es prescindir de algo que necesitamos.*

G.M.V.



Ilustraciones: Javier del Barrio Junquera



El valle de Isnapón estaba florido en cualquier época del año y Ladien era el

pueblo más bonito y acogedor de todo el valle. Nada más salir de sus casas los niños podían encontrar lugares maravillosos donde disfrutar de una naturaleza verde, exuberante, llena de vida, tanto animal como vegetal.

Esto había sido siempre así. Pero últimamente los habitantes de Ladien comentan con preocupación que los pájaros, las abejas y sobre todo las mariposas, que hace algún tiempo alfombraban las laderas del valle, empiezan a escasear. Tampoco el sol ni la brisa del atardecer son iguales.

Cada día que pasa, el valle es un poco más gris. Llegan, incluso, a relacionar el empobrecimiento del valle con la ausencia de las mariposas, los pájaros y las abejas que de

forma incesante repartían por todo el valle las semillas que el sol y el agua hacían florecer.

Un día en que los niños, incluido el pequeño Daniel, juegan junto a uno de los últimos rododendros, ven posarse sobre él a una



mariposa de grandes alas con lunares rojos, verdes y amarillos. Tras permanecer un instante inmóvil, levanta el vuelo. Los niños, que ya casi ni se acordaban de la última vez que vieron un ejemplar tan bello, deciden seguirla.

Durante un buen rato corretean y saltan sobre raíces y piedras, y en su afán por no perder de vista a la mariposa, casi remontan toda la ladera del valle. Jadeantes, se detienen un momento, pensando abandonar aquella inútil persecución. Pero cuando levantan la vista contemplan con asombro una especie de invernadero gigante, una nave acristalada en la que se refleja el sol.



Con gran sigilo se aproximan y observan que en su interior se mezclan todo tipo de plantas y, revoloteando por encima de ellas, multitud de pájaros, abejas y mariposas.

También observan, entre la maraña de arbustos, la silueta de un hombre. Tiene la tez morena y la barba crecida. Hablando muy bajito, Daniel pregunta a sus compañeros si le conocen. Todos niegan con la cabeza. Iba a decir algo, pero en ese momento alguien tropieza con un tiesto y produce la estampida.

Cuando los niños cuentan en el pueblo su descubrimiento, los adultos quedan desconcertados. ¿Qué hacer? Tras debatir largamente el camino a seguir, deciden visitar el gran invernadero y hacia allí se dirige una comitiva elegida entre todos los vecinos de Ladien. El hombre les ve llegar, les reconoce, y sale a su encuentro.

- ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué queréis?
  - Solo intentamos...
  - ¡Ya sé quien es! gritó Daniel. ¡Es Braulio!
- Todos quedaron perplejos. Efectivamente, era él. Los últimos meses le habían convertido en una persona de aspecto desarrapado y triste.
- ¿Por qué nos haces esto? ¿Qué mal te ha hecho el valle?



- Tenéis mala memoria. Era uno más en el pueblo... hasta el accidente.
- ¿Qué accidente?
- Bueno... ya sabéis. A mí, por la mañana temprano me gustaba perseguir abejas, al mediodía a los pájaros y por la tarde a las mariposas.
- ¡Pues vaya trajín! ¿Y el accidente?
- Pa mi que se hartó el picapinos. Cada día le notaba más *cabreao*, hasta que me asaltó. Me picó por *toas* partes, me hirió brazos y piernas, pero lo que más me dolió fueron los picotazos en la cabeza o en la *conciencia*, o como se diga, por lo que decidí huir del pueblo.
- Bien, parece que estás avergonzado de lo que hiciste, esperamos que en poco tiempo vuelvas a ser uno igual entre nosotros. En

todo caso parece que la culpa pudo ser del picapinos. (Risas) No guardaste las formas y pasó lo que pasó.

- Bien que me pesa, pero en ese momento no encontré otra salida.

- Pues había varias, por ejemplo, contarnos lo que te pasó; te habríamos ayudado. Lo peor fue lo que vino después. ¿Pero nos vas a decir cómo lo hiciste?, porque has estado a punto de arruinar por completo el valle.

- Pues... me fui llevando, poco a poco, diferentes plantas al invernadero hasta llenarlo.

- ¿Para qué? ¿No tenías suficiente con lo que te ofrecía el valle?

- Yo las cuidaba.

- Sí, ¿pero con qué fin?

- Vale, reconozco que intentaba atraer a todos los pájaros, abejas y mariposas para arrebatárselos al valle. Sin embargo, creo haber aprendido la lección.

Los niños, que escuchaban con mucha atención, esperaban ansiosos el resultado de la conversación. Uno, que ya no pudo aguantar más, intervino para zanjar el asunto. Fue Daniel, al que le costaba estar callado:

- Señor, ¿cree usted que se recuperará el valle? Por un instante Braulio duda, pero inmediatamente levanta sus brazos y dirigiéndose a todos exclama:

- ¡Ayudadme a abrir todas las puertas y ventanas de esta enorme jaula!

Aquella noche muchos vecinos de Ladien se fueron a dormir con la certeza de que eran ellas, las mariposas, las que sostienen no solo el ecosistema del valle, sino la ingravidez del mundo.

